

# BOGOTÁ 39

39 NARRADORES LATINOAMERICANOS



LAUREL

# BOGOTÁ 39

39 NARRADORES LATINOAMERICANOS

# BOGOTÁ 39

39 NARRADORES LATINOAMERICANOS

© by Hay Festival of Literature and The Arts Limited 2017

© Libros del Laurel, 2018, de esta edición

© de los textos respectivos:

Carlos Manuel Álvarez	Brenda Lozano
Frank Báez	Valeria Luiselli
Natalia Borges Polesso	Alan Mills
Giuseppe Caputo	Emiliano Monge
Juan Cárdenas	Mónica Ojeda
Mauro Javier Cárdenas	Eduardo Plaza
María José Caro	Eduardo Rabasa
Martín Felipe Castagnet	Felipe Restrepo Pombo
Liliana Colanzi	Juan Manuel Robles
Juan Esteban Constaín	Cristian Romero
Lolita Copacabana	Juan Pablo Roncone
Gonzalo Eltesch	Daniel Saldaña París
Diego Erlan	Samanta Schweblin
Daniel Ferreira	Jesús Miguel Soto
Carlos Manuel Fonseca	Luciana Sousa
Damián González Bertolino	Mariana Torres
Sergio Gutiérrez Negrón	Valentín Trujillo
Gabriela Jauregui	Claudia Ulloa Donoso
Laia Jufresa	Diego Zúñiga
Mauro Libertella	

Edición

Margarita Valencia

Edición, corrección y revisión de textos

Claudia Cadena

ISBN 978-956-9450-32-7

*Bogotá 39* está compuesto con las tipografías Celeste, Rabbit on The Moon y Amatic y fue enviado a la imprenta en diciembre de 2017

Diseño: Francisca Yáñez

Ilustración de portada: Alejandro García Restrepo

Impreso en Chile por Salesianos Impresores

laureeditores.com | @LibrosdelLaurel

# BOGOTÁ 39

2017

La selección de 39 de los mejores escritores de ficción menores de 40 años de América Latina busca celebrar la buena literatura y resaltar el talento y la diversidad de la producción literaria en la región.

Esta segunda lista se publicó el día del décimo aniversario del primer Bogotá39, celebrado en el marco de Bogotá Capital Mundial del Libro en 2007. Aquella lista generó un gran interés y contribuyó a una mayor difusión del trabajo de los 39 autores seleccionados, ayudándolos a darse a conocer fuera de sus países e incluso del mundo hispano.

Los participantes de la primera lista fueron los encargados de hacer una primera recomendación de autores para Bogotá39-2017. A esos primeros nombres se añadieron los que resultaron elegidos en una convocatoria abierta a más de ochenta editoriales, gestores culturales y críticos del continente, que propusieron más de doscientos escritores.

La selección final estuvo a cargo de un jurado compuesto por Darío Jaramillo (Colombia), Leila Guerriero (Argentina) y Carmen Boullosa (México), a quienes les correspondió la tarea de leer y conversar sobre el trabajo de los autores y hacer la selección definitiva.

**Cristina Fuentes**  
Hay Festival

## Los dueños del baile

Margarita Valencia

La diversidad, tan políticamente correcta, se acomoda entre los textos como si pudiéramos darla por hecha, cuando lo cierto es que riñe con el tejido de historias sobre el cual construimos nuestras vidas y ante el cual moldeamos nuestra imagen. Estas historias quieren que el mundo sea uno solo y uno solo el origen, y su fuerza surge de la convicción de que el pedacito de tierra donde nacimos es el universo todo. En el principio fue Homero. Y de esa fuente han de beber quienes quieran sumar su gota al océano de las historias compartidas.

Al menos eso fue lo que nos enseñaron. Que había una literatura universal y unos afluentes menores, nuestras literaturas nacionales, cuyo caudal se fortalecería con el tiempo hasta que pudieran desaguar en un río principal y en el mar. Eso explica el aura de excepcionalidad que rodea a figuras como Rubén Darío, y que convierte la historia tradicional de la literatura latinoamericana en una descripción más bien plana, interrumpida por unos cuantos hitos.

Pero apareció *Pedro Páramo* (o *La ciudad y los perros*, o *Cien años de soledad*: cada cual tiene un título favorito que a su parecer inaugura lo que después se llamó el boom) y ya no fue posible insistir en la celebración individual y esporádica. Así nació el boom, un cajón en el cual se empezó a guardar a toda carrera a los muchísimos y muy dispares escritores latinoamericanos que la edición española ya no podía seguir ignorando, y que hacían que el paisaje literario empezara a parecerse más a los Andes que a las costas del Mediterráneo.

La etiqueta era indispensable para mantener viva la impostura de la literatura universal. Y sirvió durante casi todo el siglo 20 para darle a la literatura latinoamericana tratamiento de nicho, de subcategoría, y así mantenerla a raya.

Los vaivenes económicos hicieron lo suyo. A mediados del siglo, México y Argentina se habían convertido en potencias editoriales, y a su sombra prosperó en todo el continente una industria modesta que acompañó el aumento de lectores y el fortalecimiento de las voces de los escritores. Las editoriales españolas, ya recuperadas a finales de los cincuenta, se sumaron

al mercado y abrieron las puertas de Europa para los escritores latinoamericanos, en momentos en que las literaturas nacionales allí descubrían que la literatura europea se había disuelto.

Pero el boom no fue suficiente. La historia de la literatura latinoamericana de la segunda mitad del siglo 20 es la historia de la lucha por salir del gueto.

El encuentro con los escritores que participaron de Bogotá39 en 2007 nos permitió a todos constatar que había habido una vuelta de tuerca. Las voces jóvenes andaban con pasos más firmes, más profesionales si se quiere, se ocupaban más de sí mismas y menos de encontrar un lugar en el mundo. El encuentro les permitió recuperar lo latinoamericano, apagado por la política de balcanización que adoptaron los grandes sellos editoriales después de los ochenta, según la cual se importaba de España la «literatura universal» y se publicaba a los autores locales para el mercado local.

Cuando se discutió la posibilidad de repetir Bogotá39 en 2017, muchas cejas levantadas opinaron que era demasiado pronto, que diez años no eran suficientes para que hubiera un cambio significativo en la textura literaria de un continente. A juzgar por los escritores que participan en Bogotá39-2017, diez años eran los que faltaban para que la literatura latinoamericana se hiciera cargo plenamente de su potencial.

Estos 39 escritores no son tan jóvenes como sus antecesores: si en 2007 teníamos muchas promesas (uno o dos libros, pocas traducciones, ingresos recientes a los catálogos de las grandes editoriales), ahora tenemos una generación de escritores firmemente arraigados en todo el mundo. De los 39, 25 tienen agente literario; 13 han sido traducidos; algunos escriben en lenguas diferentes al español; varios han sido publicados en países diferentes de su país natal y muchos publican indistintamente en grandes editoriales o en sellos independientes, señal de que han retomado el control de sus carreras literarias.

Las voces que resuenan en esta antología son francamente diversas. Podemos dar cuenta de la aparición de un nuevo realismo más descarnado, más afilado, que aborda lo social y lo doméstico sin ningún tabú, y con un lenguaje que no teme ser cáustico, implacable, duro; del ingreso de lo virtual a la literatura y de la desaparición de la escritura como preocupación de los escritores; de la franca desintegración de las fronteras entre la ficción y la no

ficción, y de la osada exploración de nuevas formas de escribir que se acogen a las formas tradicionales o las subvierten con la misma pericia.

Estos nuevos escritores latinoamericanos ya no están esperando modistos a que los saquen a bailar. Son libres de andar por donde quieran y de hacer lo que quieran, con la tranquilidad que le da a un escritor saber que, por fin, es dueño de su tradición.

La decisión de publicar esta antología en catorce países (trece ediciones a cargo de editoriales independientes, una edición digital a cargo de la Biblioteca Nacional de Colombia, una edición en inglés) nace de una verdad de perogrullo: la salud del mundo literario depende de la salud de escritores, lectores y editores por igual.

El florecimiento de la edición independiente en América Latina en los últimos diez años expone nuevas formas de circulación de la literatura menos centralizadas y por tanto más diversas, más ricas en propuestas regionales y locales. La selección de las editoriales que participan en el proyecto Bogotá39 se hizo teniendo en cuenta la capacidad de impacto de una pequeña editorial en un nicho y un territorio concretos. La suma de todas ellas cubre un territorio amplísimo que respeta y apoya también la diversidad de los lectores.

La lista final, a la cual se sumaron una editorial española y una editorial inglesa, cumple con la expectativa de publicar a un grupo de escritores jóvenes latinoamericanos en todo el mundo y de promover una conversación literaria de gran resonancia que sostenga y acompañe la fuerza de la literatura latinoamericana contemporánea.

## Viejas noticias de uso

Carlos Manuel Álvarez

Tengo 22 años, el pelo negro y lacio, la nariz fina. Mido más de seis pies. Soy hijo de un matrimonio divorciado. Mi padre vive en Miami, se largó hace unos pocos meses, y mi madre hiberna todavía, junto a mi hermana menor, en un pueblo enfermo al interior del país. Yo las suelo visitar aproximadamente un fin de semana cada mes y medio, pero hablamos por teléfono casi a diario. Como norma, siempre tengo hambre, aunque el hambre no es una condición especial mía, sino de los jóvenes cubanos en general.

Los jóvenes cubanos comparten una tez anémica, propia del hambre que no mata, los rasgos secos, cierta expresión ceniza, los gestos lánguidos, y una actitud vivaracha, insistentemente feliz, que se empeñan en cultivar y que contradice todo lo anterior. Los jóvenes cubanos viven nadando contra la corriente del río de sus cuerpos.

Hoy es martes 20, año 16, y en los salones amurallados de la fortaleza Morro-Cabaña, al pie del charco contaminado que es la bahía de La Habana, donde ninguna luna se atreve a reflejarse, la editorial del Gobierno Arte y Literatura está a punto de lanzar la novela *1984* del autor inglés George Orwell, algo que parece haber dejado a contrapié a todos porque las dictaduras, dicen, no aceptan publicar un alegato feroz que las desenmascare.

Lo comento acá porque en mi periódico no puedo. En fin, no hay que insistir sobre este punto. Es la Semana de la Lectura y Remy Alfonso, jefe de información de *Grandpa*, me ha sacado de Nacionales y me ha enviado a reforzar el equipo de Cultura. Tengo que cubrir el lanzamiento del libro.

*Grandpa* es el órgano oficial del partido. Suena demasiado tremebundo pero, en lo que a mí respecta, les puedo decir con total confianza que no lo es. Hace dos semanas me gradué de la universidad y entré al periódico. Me pudo haber tocado una estación de radio, un canal de televisión o un suplemento de la juventud comunista. Me tocó *Grandpa* básicamente por azar. Es falso que exijan requisitos especiales para ingresar en uno de estos lugares. Mi padre, como ya dije, está en Miami, mantengo una correspondencia regular

\*Fragmento de novela inédita.



con él, y aquí estoy, en el aparato de propaganda más longevo del mundo occidental. Nadie piensa que soy nocivo o un paria en potencia.

Recuerdo el día de la ubicación laboral en la universidad. Es el mismo recuerdo compartido por todos los que hemos estudiado periodismo en La Habana durante los últimos cuarenta años. Eran las nueve de la mañana y tenía conciencia de que iba a acaecer un minuto bisagra. Contrario al resto, este es un minuto que, una vez que gira, no tiene vuelta atrás. Son realmente pocos, pero bastan para darle al fluir del universo su condición de imbatibilidad.

Yo sabía que no había ninguna razón que justificara la ansiedad, pero actuamos y creemos que verdaderamente hay cosas bajo nuestro control. Eso no tiene por qué ser necesariamente triste o condenable. Digo, ¿quién quiere a la larga una responsabilidad tan grande como tener el control de su propia existencia o que sus actos dependan única y exclusivamente de uno? Viendo el desastre en que suelen terminar las personas cuando se hacen cargo de sí mismas, no creo que quiera un compromiso así para mí, sinceramente.

Pero ahí estaba el día de la ubicación laboral, muy nervioso, como si hubiese alguna diferencia real entre algunos de los sitios a los que podían enviarme. Me hundí en mi rincón y a nadie le importó demasiado. La Facultad de Periodismo era un hervidero de estudiantes despreocupados y felices, también muy tontos. Cerca del mediodía, después de un largo desfile de discípulos, alguien dijo mi nombre. Avancé despacio, apenas sin expresión. Abrí la puerta de la oficina y vi un buró con un búcaro moteado, un mantel con filigranas rosas, papelería guardada en expedientes, tres funcionarios detrás del buró, cotorreando entre ellos, y enfrente una silla negra, vacía, casi un trono para que me sentara.

Me invitaron a ponerme cómodo. Reparé de inmediato en el funcionario que parecía presidir el trámite. Le miré profundamente el bigote, como en un plano que se cierra hasta no enfocar nada más. Cuando su boca se abrió y el funcionario dijo adónde habían decidido enviarme, el bigote se movió como una ceja gigante. En el rostro de las personas con bigote nada adquiere más vida que el bigote.

–¿Qué tendré que hacer? –pregunté.

–Escribirás sobre temas nacionales –dijo.

–Me gustaría escribir de deportes.

–¿Te gusta el deporte?

–Sí, me gusta.

–Bien, lo tendremos en cuenta –hizo una pausa–, pero por ahora no podremos complacerte. Escribirás en la página de Nacionales.

Esperé un instante, pero no parecía que se fuera a decir nada más.

–De acuerdo –acepté finalmente.

Me puse de pie y le estreché la mano. Pensé cosas. Actuaba, como es lógico. Aquí se actúa sobre todo de la cabeza para adentro. Tú eres tu público. Estaba feliz de que no me hubieran enviado de vuelta a una emisora rural. Pero enseguida, en cuanto salí a la calle, el cuchillo del hambre me atacó. Y ya eso fue lo único que seguí pensando hasta que un rato más tarde pude comer algo. Tal vez un pedazo de pan, o tal vez un pan entero.

No perderé el tiempo detallando cómo fueron mis primeros días en *Grandpa*, pues sospecho que es igual a las semanas, los meses o los años que están por venir, y no voy a contar lo mismo dos veces. Ahora son las tres de la tarde, el sudor me pega la camisa a la espalda, y merodeo por las callejuelas adoquinadas de la Cabaña. Aún falta media hora para que comience la presentación de *1984* en una de las salas principales. Mientras, puedo ir describiéndoles un poco este lugar, para que sepan de qué se trata.

Es una fortificación colonial en la cima de una colina escarpada, al pie de la bahía de bolsa de la ciudad, y sus altos pabellones repletos de humedad y luz, que hace tres siglos resguardaban a los soldados de la metrópoli encargados de proteger La Habana de los ataques de filibusteros y piratas, hoy acogen la Semana de la Lectura.

Cada día a las nueve de la noche un grupo de pobres diablos adolescentes, que cumplen el servicio militar obligatorio, se viste como el pelotón de ceremonia de la metrópoli, todo muy español y muy monárquico, con sables y peluquines y uniformes con vuelos y casacas de damasco y seda, ya saben, y luego con un cañón antiguo disparan un proyectil de cartón a la bahía.

Es una tradición a la que nadie le presta mucho interés. A lo sumo, cuatro gatos aburridos asisten de vez en cuando: una pareja de médicos recién casados sin dinero para ir a otro lugar, un grupo de estudiantes chillones que apenas comienzan la universidad, o un sueco mochilero con diez dólares en el bolsillo. El espectáculo es deprimente y monótono. Salvo los primeros días de enero con la Semana de la Lectura, la fortaleza de la Cabaña es un predio muerto.

Hoy, sin embargo, no cabe un alfiler. Hay carpas y puestos de libros en cada tramo de césped. Aunque la gente no viene a leer. Hacen bien. Yo tampoco leo, no lo soporto. Después de un par de incursiones breves, una vez intenté iniciarme en serio y no lo aguanté, pero es una anécdota que ahora no tiene mucho caso y que bien puedo reservarme para más adelante. Si encuentro un hueco, la suelto. Si no, igual me la guardo.

La gente se toma el trabajo de llegar hasta aquí para comprar comida a menos precio, embarrarse las manos de grasa con un muslo de pollo frito recalentado y luego chuparse los dedos y limpiárselos con disimulo en el dobléz de la camisa. En *Grandpa* hemos estado publicando fotos de la asistencia de público bajo el rótulo de que el pueblo ama los libros, pero si no se tratara de libros, sino de pirograbados, la gente igualmente vendría, porque no hay en esta ciudad ningún otro lugar al que ir ni ninguna otra cosa que hacer.

No hay mucho más que decir de la Cabaña. Si quieren les resumo cómo es que me encuentro en este punto. No estoy convencido de que debamos darle por ahí, pero igual probemos durante un par de párrafos.

La prensa no me interesa en particular. Me matriculé en la carrera porque quería conocer La Habana. Llegué aquí a los dieciocho y pensé, con fuerza, en el axioma que dice que solo hay dos historias. 1: hombre que emprende un viaje. 2: hombre que llega a un pueblo desconocido. Extraño un poco al que era, al que iba a ser. La ciudad me parecía una promesa y bien pronto empecé a recorrerla a pie, sigiloso, creyendo que en cualquier momento me podían asaltar.

Veía el periodismo como una fonda de paso, un motel donde guarecerme hasta que la tempestad amainara y los astros se alineasen y yo pudiera de una vez dedicarme a lo mío. Pero lo mío no llegó. Lo que llegó fue *Grandpa*, y en eso ando. Me da exactamente lo mismo estar que no estar, para qué engañarlos. No sé por qué he comenzado a contarles esto. Si mañana me aburro, ahí se los dejo.

La prensa extranjera dijo que no creía que en Cuba fueran a publicar un libro como *1984*. Jamás había oído mencionar a este Orwell. Era inglés, imaginen. ¿Qué puede saber un inglés? He escuchado que en los círculos de lectores secretos del país sí lo leen. Es considerado una especie de previsor. Remy Alfonso me entregó hace cuatro días un ejemplar de *Arte y Literatura* enviado especialmente al periódico y me dijo que lo leyera, que me tocaba

cubrir el lanzamiento. Lo que creo después de haberlo leído es que se ha armado un revuelo innecesario y bastante estúpido.

Piensen sobre esto: Orwell no incluyó en su novela, ni siquiera se acercó a ello, la posibilidad de que el Ministerio de la Verdad publicara en las páginas de su periódico la reseña de una obra como la suya. Y es justo lo que acaba de ocurrir. Pero les digo más. Orwell dice todo sobre la eficiencia y no menciona nada sobre la torpeza. Bien, me aburro. Voy a seguir caminando otro poco. El calor es hoy un viejo verde que me besa la piel.

¿Ministerio del Amor? Yo tengo el Ministerio de la Construcción frente a mi apartamento. Yo sí que les puedo decir qué es un ministerio.

El lanzamiento de *1984* ha tomado quince minutos. Los presentadores la anunciaron con toda la naturalidad del mundo, como una novedad literaria que hubiese sido escrita ayer. Asunto zanjado.

Estoy ya en *Grandpa*, esperando de pie la revisión de Remy después de haber redactado la información. Me ha tomado una hora atravesar la ciudad. Una multitud molesta se abalanzó sobre la ruta 101. Yo logré entrar por la puerta del medio. Alguien gritó que no nos atropelláramos, que desde arriba querían que nos extermináramos entre nosotros mismos. Nos echamos a reír. A veces sucede. La gente en La Habana actúa como familia, es un apartamento gigante de setecientos kilómetros cuadrados en el que no hay ninguna vida lo suficientemente alejada de la otra como para que dos personas cualesquiera no se reconozcan con solo mirarse.

El ómnibus atravesó el túnel de la bahía y bordeó la avenida del Puerto, luego apareció por la terminal de trenes y después siguió en busca de la calle Reina. En ese tiempo subieron y bajaron de la ruta decenas de pasajeros. Hay momentos en los ómnibus durante los cuales casi no se puede respirar. Momentos en los que te apisonan y te despeinan y te golpean y un hombre saca el codo disimuladamente para encajártelo en las costillas y separarte un tanto. Los novios cuidan que ningún rascabuchador pase demasiado cerca

del trasero de sus novias y las mujeres vigilan sus carteras. El sigilo es perceptible, todo el mundo sobre aviso. Los pasajeros saben que los otros pasajeros son sus enemigos y que los choferes también son sus enemigos.

Está además el distrófico voluntario que ocupa el primer asiento, a un metro del chofer. Recoge el dinero y dicta dónde y cómo debemos ubicarnos, un infeliz que por veinte minutos o media hora tiene el control de nuestras vidas y que hace que aflore nuestro lado oscuro y salvaje. Los robos, el sudor, la suciedad, las peleas, la asfixia, la demora, las minucias diarias, el rodillo cotidiano. Los pasajeros no parecen tener la culpa. Los choferes no parecen tener la culpa.

De madrugada, sin embargo, los ómnibus en La Habana viajan generalmente vacíos. Siempre hay un tramo, cada día, que los choferes cubren solos, justificados por la eventualidad de encontrar a alguien. Pero no necesariamente tiene que haber alguien esperando. Después de tanta bulla, de tanto ajeteo, ¿qué piensa el chofer? ¿Quiere seguir así, por siempre? ¿Qué piensa de la primera persona que sube al ómnibus a invadir su territorio? ¿Cómo lo ve? ¿Como un enemigo? ¿Como un bálsamo? ¿Como un sol distante?

El viaje de los choferes en La Habana es, realmente, un viaje circular, sin paradas, como si subieran una roca hasta la punta de la montaña y después la dejaran caer. En la ruta 101, todo chofer ha sido pasajero y todo pasajero ha sido distrófico voluntario alguna vez.

Cosas lúcidas de ese tipo iba pensando, entretenido en el acordeón del ómnibus, hasta que me bajé en la parada del periódico. *Grandpa* queda en la esquina de General Suárez y Territorial, un edificio de cuatro plantas en cuyos bajos trepan enredaderas por las paredes y varias matas de arecas descansan dentro de macetas rectangulares de cemento. En cada piso destacan cristales carmelitas que lo hacen parecer una pecera de aceite, y en cada cristal dos trozos de *scotch tape* para evitar que se astillen dado el caso de que un ciclón visite La Habana. Algo que por suerte o por desgracia no ha ocurrido.

## Así conocí la nieve

Frank Báez

La noche en que arribé a Chicago la temperatura estaba en veinte grados bajo cero. Acababa de dejar la soleada República Dominicana para estudiar diseño de encuestas en la University of Illinois. En esa época trabajaba como supervisor de encuestadores y había recorrido el país haciendo estudios e investigaciones, pero hasta que me dieron la beca no tenía idea de que eso se estudiara.

También becaron a Diógenes Lamarche, un colega junto al que colaboraba en varias ONG. Ninguno de los dos habíamos estado antes en Chicago. Quien sí había estado era mi ex, que repetía que en medio de la ciudad había un frijol gigantesco. Por lo que, cuando el piloto anunció el descenso, subimos la ventanilla e intentamos distinguirlo, pero apenas alcanzamos a ver los rascacielos y la ciudad que resplandecía como oro. Antes de apearnos del avión volvimos a mirar y esta vez vimos a varios empleados abrigados como esquimales que caminaban por la pista, y nos preguntamos si habíamos aterrizado en el polo norte.

Ya en la cinta recogimos las maletas, sacamos nuestros abrigos y esperamos por Nora Bonnin, una argentina que sería nuestra anfitriona. Al vernos hizo señas con un brazo y lo primero que nos preguntó es si habíamos traído ropa de invierno.

–La llevamos puesta –le dijimos.

Ella no pudo disimular la risa al examinar las chaquetas y los sweaters que habíamos comprado en un mall de Santo Domingo.

–Chicos, eso no les va a servir para el frío. No es que esté mal, pero es que aquí el frío es bárbaro. Traje conmigo unos abrigos de mi marido para que los usen hasta que consigan otros.

Además de las chaquetas, habíamos traído medias de lana, jeans de pana, bufandas, gorros y esos largos calzoncillos que los gringos llaman *long johns*. Confiábamos en que esas prendas nos servirían para sobrevivir al invierno en la ciudad de los vientos.

–Espérenme en esa parada con las maletas en lo que corro a buscar el auto.

Antes de salir disparada, Nora se puso los guantes, se subió el zipper de su esquimal más arriba del cuello y se ajustó la capucha. La vimos hacer un sprint hacia los parqueos. Imitando su ejemplo, atravesamos la puerta automática y apenas salimos el frío nos dio un mazazo que estuvo a punto de derribarnos.

–Bienvenidos a Chicago –dijo Nora con sarcasmo cuando cerramos las puertas del Audi.

Al día siguiente nos llevó a visitar varios apartamentos y terminamos alquilando uno de tres habitaciones ubicado en Little Italy. El arrendatario era Pete, un digno representante wasp, que además del apartamento nos mostró la azotea y el área de lavado y secado. Adquirimos dos colchones en una compraventa de Greek Town que trajimos a duras penas en el Audi de Nora. Recogimos, limpiamos y desinfectamos. Después subimos a la azotea y nos deleitamos con la vista del barrio y de los rascacielos del Loop, que daban la sensación de estar fumando y tosiendo.

Cenamos en un restaurante tailandés mirando las jevitas que pasaban con bufandas coloridas y abrigos costosos. Cuando retornamos al apartamento parecía como si hubiéramos entrado al congelador de una carnicería. A pesar de que prendimos el vetusto calentador como nos había indicado Pete, el apartamento seguía helado y no parábamos de tiritar. A mitad de la noche optamos por mover los colchones a la sala, próximos al calentador que cada media hora se activaba como por arte de magia.

Al amanecer nos percatamos de que el frío se estaba filtrando por tres ventanas rotas. Ya que al mediodía íbamos a la oficina de Pete a firmar el contrato, aprovecharíamos para exigirle que arreglara las ventanas. Pero este estaba irascible y no hizo más que hablar de Sammy Sosa, específicamente sobre su incidente con el bate de corcho. Aunque había ocurrido hacía años, la fanaticada de los Cubs de Chicago seguía molesta con el pelotero dominicano, sobre todo después de que anunciara que abandonaba el equipo. Pete, usando de ejemplo un bate de madera que tenía debajo de su escritorio, estableció la diferencia entre un bate con entrañas de corcho y uno reglamentario. Después repasó el famoso partido de los Cubs contra Tampa Bay, donde a Sammy Sosa se le rompió el bate. Nadie le dio mucha importancia al asunto. En los partidos de grandes ligas los bates se rompen a cada rato. No obstante, cuando uno de los árbitros verificó que entre los pedazos del bate había corcho, convocó a los demás árbitros y juntos

decidieron expulsarlo del juego. Luego un comité lo sancionaría y él se disculparía y explicaría que había sido producto de un desliz, pues en vez de utilizar su bate reglamentario había bateado con el de las exhibiciones de jonrones.

Pero Pete no le creía, y había traído toda esa historia a colación porque seguramente tampoco nos creía a nosotros que éramos compatriotas de Sammy Sosa y además sus nuevos rentistas. Antes de firmar el contrato le mencionamos el asunto de las ventanas y él aseguró que esa misma tarde las repararía. Sin embargo, cuando esa noche volvimos de clases, las ventanas seguían sin cristales. Aunque las sellamos con plástico, el viento seguía filtrándose y no teníamos de otra que dormir al lado del calentador.

Tuvimos que esperar dos semanas para que instalaran las ventanas faltantes. Una mañana vino un nuyoricán cincuentón que se subió a una silla y fue arrancando los cristales quebrados para después, con ayuda de un destornillador, instalar los nuevos. Al terminar le ofrecí jugo.

–¿De qué tienes? –preguntó.

–De arándano.

–¿De qué?

–De cranberry.

–Ah, puñetas. Dame.

Se lo bebió de dos tragos.

–¿Y la furniture? –preguntó.

–¿Furniture?

–Sí, la mesa, las sillas y el couch.

–Ah, sí, tenemos que comprarlos.

Lo volvimos a ver una semana después.

–¡Quisqueyanos! ¡Quisqueyanos! –nos voceaba desde la acera.

–¿Qué pasa? –le grité cuando logré abrir la ventana.

–Tengo una mesa. Bajen por ella.

Al agradecerle el gesto, explicó que Pete nos la había mandado y que de ninguna manera lo tomáramos como un favor ya que estaba incluida en el contrato. Con la mesa y unas sillas que habíamos conseguido, el look del apartamento fue mejorando. Sin embargo, aún nos faltaba el couch que el nuyoricán había mencionado. Fuimos a tiendas de segunda mano y contactamos a estudiantes que vendían sus cosas por Craigslist. Pero los precios sobrepasaban nuestro limitado presupuesto. Hasta que una mañana en que



estaba imprimiendo un trabajo en la oficina de Nora, Diógenes me llamó para anunciar que había encontrado un couch.

Se dirigía a la universidad cuando lo vio en el callejón. Fue amor a primera vista. Era negro, de piel genuina y estaba prácticamente nuevo. Le preguntó a un estudiante que merodeaba si el mueble pertenecía a alguien y este le contestó que si estaba ahí era porque lo habían botado.

Así que me olvidé de lo que estaba imprimiendo y corrí a ayudar a Diógenes con el mueble. Con tal de contrarrestar el frío polar salí dando zancadas. Atravesé las calles, los dormitorios de estudiantes, el parque lleno de ardillas y la estatua de un Colón obeso como John Goodman. Al cruzar la Loomis, alcancé a ver el callejón y más allá a Diógenes recostado en el mueble. Era descomunal. Comprendí que sería como cargar un hipopótamo. Y estábamos a más de cuatro cuabras de nuestro edificio.

–En la isla uno de estos sale en veinte mil pesos –dije antes de dejarme caer sobre él.

–¡Tú ta loco, mucho más! –replicó Diógenes–. ¡Cuarenta mil pesos!

Procedimos a llevarlo. Antes de tomarlo cada uno por un extremo, estiramos y flexionamos los músculos.

–¡Un, dos, tres! –gritamos al unisono.

Apenas lo cargamos unos cuatro metros.

–Nos va a tomar una semana llevarlo hasta el edificio.

–Eso parece –respondí sin aliento.

Después de muchos intentos, llegamos hasta la entrada del callejón que conducía a nuestro edificio. Estábamos a casi noventa metros. Extenuados, jadeábamos y discutíamos sobre dónde lo colocaríamos en el apartamento. En esas estábamos cuando se aproximó una pareja de ancianos, de seguro descendientes de los inmigrantes italianos que fundaron este barrio.

–Los dueños –murmuró Diógenes.

La anciana mantuvo la distancia pero el viejo golpeó el mueble con su bastón y preguntó, mirándonos con unos ojos verdosos de loco:

–You guys aren't gonna leave that there, are you?

Le explicábamos que lo llevábamos a nuestro apartamento cuando a la anciana le entró un ataque de tos. Tomamos eso como señal para cargarlo de nuevo. Esta vez lo movimos siete metros. En eso, oímos una ranchera a todo volumen, seguida de un frenazo y un bocinazo. Cuando la bocina volvió a sonar, soltamos el mueble y nos volvimos.

–Este sí debe ser el dueño –le dije a Diógenes.

El conductor de la furgoneta apagó la radio, bajó el vidrio y nos preguntó en español si necesitábamos ayuda.

–Lo llevamos hasta el edificio que está al final del callejón –le explicó Diógenes.

–¡Sale y vale! ¡Súbanlo!

Nos ayudó a montarlo en la parte trasera. En menos de un minuto, lo habíamos descargado frente a nuestro edificio.

–Mi nombre es Jesús –dijo el conductor.

Pero no vislumbramos una señal religiosa en su nombre ni en el modo en que nos había auxiliado. Más bien lo que nos llamó la atención era su parecido con Quico, el personaje del *Chavo del Ocho*. En vez de un gorro de invierno se había encasquetado una cachucha de los White Sox. Apenas le contamos que éramos dominicanos comenzó a mencionar sus bachatas favoritas.

–¿En qué piso viven? –preguntó de pronto.

–En el tercero –le dijo Diógenes.

–Caray, les ayudaría, pero tengo un delivery que entregar. Trabajo en el restaurante mexicano.

–¿El Pancho Villa? –le pregunté.

–Ese.

–Pues nos vemos allá –dijo Diógenes.

Dejamos el mueble en la sala a eso de las cinco. Del minuto en que Diógenes tropezó con él en el callejón al momento en que logramos meterlo en el apartamento habían transcurrido unas siete horas. En el ínterin hicimos una pausa para comer y, como Diógenes le había prometido a Jesús, fuimos al Pancho Villa, donde pedimos unos burritos gigantes que bajamos con Coca-Cola. Cuando le preguntamos a la mesera por Jesús, esta contestó que se encargaba del delivery y ayudaba en la cocina.

–Mi nombre es María, para servirles.

–Estamos teniendo un día bíblico –dijo Diógenes entre dientes.

–¿Mande?

–Nada –le dije–. Por cierto, Jesús nos ayudó a llevar un mueble a nuestro apartamento.

–Ah, ¿ya lo subieron?

–Apenas vamos por el segundo piso.

En vez de traernos la cuenta, María volvió con los burritos que sobraron envueltos en un paquete. Cuando la cuestionamos, dijo que mejor ahorráramos ese dinero para comprar nuestros libros.

–Son requetecaros –añadió.

Antes de llevarse los platos nos advirtió que debíamos subir el mueble lo más pronto posible, ya que Telemundo había anunciado la primera nevada del año para esa noche. Así que lo cargamos y tras varios intentos infructuosos alcanzamos el tercer piso. Pensamos que sería imposible meterlo por la puerta de la cocina, pero con mucha determinación y la ayuda de los vecinos hindúes lo logramos.

Ya de noche, me senté en el mueble con una botella de ron en la mano. Era la última que quedaba. Había traído varias para obsequiar, pero como no había conocido a nadie digno de ellas, me las había ido bebiendo. Diógenes freía algo en la cocina. Desde allí señaló el mueble y comentó que éramos como esos cavernícolas que se pasaban el día cazando y que retornaban a la cueva arrastrando su presa. Así me sentía, como uno de esos lejanos antepasados, bebiendo ron a pico de botella y mirando la sala, la cocina y el piso que recién había barrido y restregado con una esponja para removerle la mugre. A pesar de la falta de adornos y de cuadros en las paredes, experimenté por vez primera la sensación de que tenía un hogar en Chicago. Fui a mi cuarto y busqué la música que había traído, pero solo di con un cdé regrabable de Raulín Rodríguez que mi tío había metido en la maleta para que, según dijo, no olvidara mis orígenes.

Al sonar la primera bachata empezó a nevar. Era la primera vez que Diógenes y yo veíamos la nieve. Al principio cayeron unos cuantos copos, pero cuando Diógenes abrió la ventana, caían de a montones. Pronto se acumularían en las aceras, en las calles y en los tejados. Cuando Diógenes propuso que saliéramos a jugar con la nieve, ya me había acabado la botella. Fui en busca de mi abrigo y lo acompañé.